

La agricultura no progresaba, dicen unos porque las luchas intestinas agotaban las energías del país y la poca estabilidad de los gobiernos impedía el cumplimiento de las leyes en lo que se refiere al aseguramiento de la propiedad y á la ejecución de la justicia, haciendo nacer en los capitalistas nativos y extranjeros esa desconfianza funesta que impide el éxito de toda la empresa, para el cual se requieren, como condiciones necesarias, una fé inquebrantable y una constancia á toda prueba.

No progresaba, dicen otros por que la naturaleza misma de nuestro suelo impedía la comunicación fácil de los mercados y los centros productores. ¡Ah! Si Mexico hubiera tenido ferrocarriles, si nuestros rios fueran navegables, si no tubiéramos tantas cadenas de montañas que cual murallas eternas detienen el progreso, tendríamos ahora una agricultura floreciente en este país bendito donde todo se ofrece á la mano del hombre por la bondad de sus *condiciones naturales*.

Otros, que han viajado por países cuyas *condiciones naturales* no son tan buenas como las de Mexico (esas *condiciones naturales* cantadas hasta en verso por nosotros) y que no obstante se encuentran á una altura de prosperidad incomparable con la nuestra acaban por creer que todo eso que se dice de nuestras condiciones naturales no pasa de ser palabrería, porque en otros países se ven en las márgenes de todos los rios, presas, diques, motores hidráulicos; en los Hanos jagiellles, pozos artesianos; inmensas superficies de terrenos irregables donde costea usar máquinas costosas y abonos y mejoradores; y camina uno atravesando inmensos valles poblados á cortas distancias por multitud de casitas cómodas, pintorezeas, casi lujosas, que parecen formar una ciudad interminable, mientras que en México, nuestros rios se deslizan magestuosos lamiendo las raíces de la selva virgen ó se presipitan con furia entre las peñas sin que ninguna obra de mampostería ni nada, indique la industria del hombre; nuestros rústicos ganados pastean en llanuras que parecen desiertos porque no se divisa en ellos ningun oasis, y recorre uno leguas para llegar á un ranchito miserable que mas bien que habitación de gentes semeja una guarida de perros hambrientos.

Otros se quejan de la raza, y para ellos la única causa es nuestra apatia, nuestra poca actividad, nuestro carácter tan poco emprendedor. Para estos, el progreso debido á causas ó elementos nacionales es imposible porque llevamos con nosotros mismos, con nuestra sangre, la imposibilidad como anatema y si no